

# Primos

Tod Natürlich

Consideras las visitas semanales a casa de tus abuelos aburridas. Hasta que tus primas te muestran que hay cosas en qué ocuparse.

## 1 En casa de los abuelos

Mirabas la televisión aburrido, no era que el programa no te interesara, sino que podrías estar viendo cosas mucho más interesantes de estar en tu casa, ante tu computadora. No hacía mucho que habías descubierto una excelente página gratuita pornográfica y querías bajar todas las imágenes antes que sus dueños lo notaran. Miraste alrededor, estabas sentado en una silla reclinable junto a la cama en el cuarto de tu abuela, donde habías pasado la mayor parte de los domingos de tu vida, ya que el viaje semanal a casa de tus abuelos era casi manda.

En la cama estaban acostados tus dos primos mayores, Luis Ricardo, un año mayor que tú, y Cesar, de catorce años, junto a tu abuelo. Y sentada en el suelo estaba la hermanita de Cesar, Ana, a quien no le importaba que no le dejaran la cama. Recordabas que cuando tenías la edad de Cesar te encantaba ir los domingos pues, siendo hijo único, era de las pocas oportunidades que tenías de jugar con tus primos y tíos. Pero ahora nada te encantaría más que estar de vuelta en casa.

Miraste distraído la televisión, estaba una película de Stallone, con la copia del guión de todas las películas: algo pasaba y el héroe tenía que pelear con medio mundo para salvar ya fuera a su familia, al país o al mundo, dependiendo del grado de credulidad que se quisiera. No era una gran obra de arte, pero te agradaba, así que intentaste concentrarte en la película.

Pasó una de las grandes escenas de lucha, donde Stallone mató a quince terroristas usando sólo un cuchillo de mantequilla mientras las balas volaban a su alrededor

haciendo estallar vidrios, mesas y otros terroristas. Entonces pusieron comercial. También eso extrañabas en tu casa, el cable, ahí al menos los comerciales duraban menos, pero en la televisión abierta parecía que eran más comerciales que programa.

Entonces sentiste un golpe en tu pierna, y viste que Ana te había pateado sin querer mientras veía la tele tendida bocabajo y con las piernas en alto. Mas antes que pudieras reclamarle notaste que en aquella posición la falda que llevaba había caído sobre su trasero y podías adivinar el principio de sus bragas. Miraste a tus primos y abuelo en la cama, algo preocupado, sin embargo tu abuelo ya estaba dormido y tus primos veían los comerciales sin percatarse del espectáculo a los pies de la cama.

Casi sin pensar moviste un pie y apartaste una de las piernas de Ana, dejando a la vista mucho más de sus bragas.

—Me estás pateando —le reclamaste cuando volteó a verte, y sin decir nada continuó viendo la película. En realidad ahora no podías concentrarte mucho en la película, pues con los movimientos de las piernecitas de tu primita ya podías ver el estampado de sus calzones, y un poco del trasero que cubrían.

Una vez más moviste tu pie para empujar su otra pierna a un lado, y ésta vez tu primita no volteó a verte, sino que simplemente se puso a dar patadas hacia atrás, tratando de golpearte, mientras tu levantabas las piernas para evitarlo. Era un juego divertido para ambos, aunque probablemente por razones muy distintas, con tanto movimiento ya su falta se había deslizado completamente sobre su espalda dejando al aire su trasero cubierto por la delgada tela del calzón con estampados de flores, se veía suave y aterciopelado, y sólo te podías imaginar cómo se vería lo que estaba debajo.

Pero la visión de su trasero y la delgada línea de las nalguitas de tu primita te distrajerón demasiado, y un pie con un duro zapato impactó contra tu espinilla. Diste un grito y te agachaste en la silla a sobarte la espinilla. Ana, al oírte gritar dejó de patear y se dio la vuelta en el suelo para verte. En aquel momento viste claramente el frente de sus bragas, y debajo de éstas casi podías adivinar la diminuta línea que sería la pequeña vulva de tu primita.

Sin embargo Ana notó el estado de su vestido y lo arregló con un simple movimiento de las manos antes mientras te preguntaba si estabas bien.

Con todo aquel movimiento tu abuelo había despertado y ahora había lugar en la cama para Ana, por lo que cualquier fantasía que hubiera pasado por tu mente se detuvo ahí. Aún así no pudiste concentrarte en la película.

De regreso en tu casa te pusiste a pensar en lo que habías visto y hecho. Sabías que estaba mal, pero por otro lado no habías hecho realmente nada, y sin duda estabas excitado. No te importaba que fuera sólo una niña de nueve años, era lo más cercano que habías estado de ver una vulva verdadera fuera del Internet. Finalmente decidiste

que no había que pensar más en ello, no era probable que las cosas se repitieran, ya que Ana casi siempre usaba pantalón, raramente falda, y no estarían de nuevo en una situación como aquella. Aún así dormiste toda la semana soñando con el estampado de flores de las braguitas de tu prima.

## 2 Bailando con Ana

El próximo domingo, antes de llegar con tus abuelos, repasaste mentalmente que nada ocurriría. Ana usaría pantalones y no tendrías oportunidad de ver nada más que lo que ya habías visto infinitas veces. Te dijiste que tratarías de divertirte y pasarla bien, pero interiormente deseabas que las cosas fueran diferentes.

E increíblemente parecía que alguien había oído tus deseos. Pues al llegar Ana corrió a saludarte (eras, después de todo, uno de sus primos favoritos) y al abrazarla no lograste suprimir una sonrisa de esperanza al ver que usaba falda de nuevo. Una larga falda roja con moños azules.

—¿Te gusta? —te preguntó mostrándola y dando una pirueta—, me la acaba de comprar mi mamá.

—Es muy bonita, casi tanto como tú —le contestaste.

Ana soltó la falda y comenzó a mecerse, sin saber qué contestar, un instante después corría a saludar y presumir su vestido a tus papás, completamente olvidando lo que habías dicho.

Saludaste entonces al resto de los presentes: tus abuelos, los papás de Cesar y Ana, Luis Ricardo y su mamá. De pronto te pareció que eran muy pocas personas para una casa tan grande, y es que cuando tú eras niño había muchas otras personas: tres tíos que ahora vivían lejos y no podían asistir. La casa de pronto te pareció enorme y desierta.

Era un ceserón, diseñado para albergar familias con diez hijos y muchos familiares, con seis cuartos además de una inmensa sala, cocina, comedor y dos patios. Actualmente cuatro de los cuartos no se usaban, y los domingos casi todos se la pasaban platicando en la cocina o viendo televisión en el cuarto de tus abuelos. Todos éstos pensamientos pasaron por tu mente, pero no sin un motivo, pues tu imaginación ya te había colocado en uno de los cuartos vacíos acompañado de tu pequeña prima.

Sacudiste la cabeza y te sentaste a platicar con tus tíos, pues tanto Luis Ricardo como Cesar habían salido con unos amigos a jugar fútbol, algo que a ti no te entusiasmaba mucho. Trataste de seguir la aburrida plática por media hora, hasta que te levantaste y decidiste ir al cuarto de tus abuelos a ver televisión. Sin embargo algo te detuvo a medio camino, notaste que una de las puertas de los cuartos estaba abierta. Con

curiosidad abriste la puerta y te encontraste dentro a Ana, sentada en el piso peinando una muñeca antigua, probablemente propiedad de tu bisabuela.

Ana rápidamente escondió la muñeca y puso cara de culpa, tú sonreíste y entraste. Cerrando discretamente la puerta tras de ti.

—¿Qué haces Ana? -le preguntaste dulcemente.

—Nada —contestó ella aún tratando de esconder la muñeca a sus espaldas.

—Creo que mi abuelita te había dicho que no debías jugar con esas muñecas, ¿qué crees que te diría si te viera? —le preguntaste imitando la cara de regaño de tu abuelita, lo que la hizo reírse—, ¿Por qué no dejas la muñeca y jugamos a algo más? —volviste a preguntarle.

Ana accedió al instante. Se levantó y puso la muñeca junto al resto de la colección.

—¿A qué jugamos? —te preguntó.

—No sé —le contestaste—, ¿a qué te gustaría jugar? —Bien sabías a lo que te hubiera gustado jugar, pero no te atrevías a decirlo.

—¿Bailarías conmigo? —dijo al fin Ana.

—¿Cómo? —Le preguntaste asombrado.

—Como en las caris, las princesas usan vestidos y siempre bailan con el príncipe —Te contestó medio apenada.

Le sonreíste y le tendiste la mano, poniendo tu expresión más principesca posible. Ana se rió y tomó tu mano, mientras comenzaba a tararear el vals de la Bella y la Bestia. No eras muy buen bailarín, pero te defendías contra una niña de nueve años. Lo complicado era que Ana era tan pequeña que tenías que doblarte sobre ella y no era nada cómodo. Finalmente decidiste arrodillarte y así quedar a su altura, era más difícil moverse, pero las manos quedaban donde debían quedar.

Se movieron un par de vueltas por la habitación, y pronto sentiste que tu mano sobre la espalda de Ana comenzaba a descender, y no hiciste nada para detenerla. Llegó hasta la parte baja de la espalda de tu primita y ella tampoco dijo nada, así que seguiste bajando. No podías creer que tenías la mano ya completamente sobre su trasero y tu primita siguiera bailando como si nada, tú realmente ya estabas algo excitado, y en un impulso le apretaste ligeramente el trasero.

Ana saltó y se alejó de ti, riéndose, para tu alivio.

—No me hagas así —Te reclamó.

—¿Cómo? —le preguntaste en tono juguetón, aunque dentro estabas bastante preocupado.

—¡Que no me hagas cosquillas! —te reclamó.

Y en un aire de inspiración la levantaste del suelo y la pusiste en la cama, atacándola con cosquillas por todas partes. Comenzaste en las costillas y seguiste hacia su estó-

mago mientras Ana se retorció de risa y daba manazos y patadas tratando de detenerte. Entonces pasaste a sus piernas y comenzaste a subir.

Ana seguía muerta de risa y parecía disfrutar mucho el juego de las cosquillas, por lo que te atreviste a meterla mano bajo su falda y con una mano cosquillearle los tersos muslos mientras con la otra mano continuabas haciéndole cosquillas en las costillas. Pronto tu mano en sus muslos subió hasta tocar el comienzo de sus calzones de encaje. Recorriste el encaje hacia su pierna y de regreso, luego recorriste el límite superior, pasando por su ombligo hasta el otro lado. Ante esto Ana reanudó sus risas, el estómago era de sus partes más cosquillosas.

Ya apenas pensabas en las cosquillas, deseabas levantar la falda y mirar lo que tu mano estaba tocando, en ese momento había tomado la parte superior de sus calzoncitos con dos dedos mientras los demás seguían haciéndole cosquillas y estabas a punto de introducir tu mano en sus braguitas cuando un espasmo de la pierna de Ana dio con tu codo. Retiraste la mano sobándote el codo y moviendo la mano, te había dado justo en el nervio. Ana aprovechó para respirar mientras te recuperabas y entonces se lanzó sobre ti, tratando de hacerte cosquillas. Mas también entonces se abrió la puerta y entró Cesar, sudado y jadeando.

—¡Oye! —te dijo —Ven a jugar al patio, necesitamos otro jugador. ¡Por favor!-

Antes que pudieras pensar ya habías accedido, probablemente alguna parte de tu mente que aún funcionaba lo había dicho por ti, así que dejaste a Ana y seguiste a Cesar.

Pasaste el resto de la tarde jugando con Cesar, Luis y sus amigos. No te gustaba mucho el fútbol, pero una vez que comenzabas lo disfrutabas, y te sirvió además para olvidarte de tu prima por un rato y perder la erección que habías ganado mientras le hacías cosquillas. Habías leído mucho acerca de los problemas que tenían los jóvenes para esconder sus erecciones, pero al menos ese problema no era tuyo, no tenías un pene demasiado grande, por lo que incluso erecto podía disimularse (algo dolorosamente) dentro del pantalón.

No fue hasta que ya había caído el Sol, cuando los amigos de Luis se retiraron, que volvieron a la casa. Tus papás, tíos y abuelos seguían platicando. Y tu abuela los mandó a todos a bañarse, bueno, sólo a Cesar y a Luis, ya que tú no tenías ropa ahí, así que tendrías que esperar hasta regresar a tu casa. Entonces notaste que Ana no estaba con ellos.

Fuiste al cuarto donde la habías dejado y precisamente ahí la encontraste. Se había quedado dormida en la cama con dos de las muñecas a su lado. Con cuidado tomaste las muñecas y las pusiste en su lugar, no querías que regañaran a tu prima, y luego la contemplaste plácidamente dormida.

Mas de nuevo venían imágenes que sabías indebidas a tu mente, y el recuerdo de aquello que había pasado hacía menos de un día te parecías de pronto como algo casi olvidado. Con cuidado acercaste tu mano hasta su falda y la levantaste. Ahí estaban, tal como tus dedos las recordaban, las braguitas blancas con encaje de tu primita, cubrían desde debajo de su ombligo hasta los límites de lo que suponías era su diminuta rajita.

Dejaste delicadamente la falda sobre su estómago y, sin dejar de mirarla por si despertaba, te inclinaste para ver de cerca ese punto que tanta curiosidad te había causado desde hacía ya una semana. Tocaste delicadamente los lindes del calzoncito, casi sin atreverte a presionar, pero poco a poco tu dedo recorrió todo el perímetro, desde una piernita hasta la otra y todo su estómago. De pronto te parecía que tu primita era tan pequeña como una de las muñecas con las que había estado jugando.

Lentamente comenzaste a acariciar con un dedo sobre sus bragas, dirigiéndote al centro, a su entrepierna, a aquel lugar donde sabía debía estar la diminuta línea que representaba su vulva, la entrada a su vaginita. Tu dedo se movía lentamente en su entrepierna sobre el calzoncito cuando sentiste un ligero pliegue debajo, justo en el centro y yendo hacia abajo.

No podías creerlo, estabas tocando su rajita, sobre su calzón, pero era lo más cerca que jamás habías estado a una vulva verdadera. Comenzaste a mover tu dedo de arriba abajo siguiendo la línea, desde donde comenzaba hasta que se perdía entre las piernas poco abiertas de tu primita dormida. La frotaste de arriba abajo una y otra vez, maravillado. Poco a poco la tela del calzoncito comenzaba a introducirse en la diminuta línea que recorrías, e incluso te pareció notar que la tela comenzaba a humedecerse. Acercaste el rostro y aspiraste. Era un olor como nunca habías saboreado, dulce y amargo a la vez. Potente y atrayente. Te atreviste a presionar con más fuerza tu dedo.

Y entonces Ana se movió. Te retiraste rápidamente, pero tu prima seguía dormida. Viste desilusionado que se daba la vuelta en la cama, cerrando la entrepierna y acurru-cándose. Y entonces notaste que su mano izquierda iba a ponerse entre sus piernas, justo donde la habías estado tocando. Fue entonces que algo de raciocinio entró en ti, y saliste del cuarto tratando de mantener la calma.

### **3 La verdad revelada**

Bien, lo habías aceptado, no podías dejar de intentar hacer algo con tu primita, sin importar cuánto te esforzaras, sabías que la hormona vencería a la neurona, pero eso no dejaba de preocuparte. Primero que nada no estabas seguro de qué se trataría ese «algo» que querías hacer con ella. ¿Era sólo verla, tocarla, o algo más? Y también

te preocupaba mucho lo que ocurriría si algún adulto se enteraba de lo que hacías. Lo peor era que el segundo pensamiento siempre se veía sojuzgado por el primero, y cualquier fantasías entre tú y tu primita era superior a cualquier preocupación de las consecuencias.

Fue por eso que el siguiente fin de semana asististe a casa de tus abuelos callado, casi resignado a aceptar lo que ocurriera y seguirle la corriente. No negabas que deseabas que algo ocurriera y que aprovecharías cualquier oportunidad, pero al menos habías decidido no presionar las cosas, no hacer nada para que ocurrieran, sólo tomar partido cuando las circunstancias así lo expresaran. Tal como habías hecho el anterior domingo.

Tu primer desencanto en cuanto entraste a la casa fue ver que Ana vestía pantalón de mezclilla. El segundo desencanto, mucho más preocupante, fue que cuando te vio en lugar de correr a abrazarte, bajó la vista y caminó hacia el fondo de la casa, casi como si te escapara. Y todavía tuviste un tercer desencanto, aunque comparado con los otros dos no era ya muy importante. La casa estaba poblada de gente, había cuatro personas más de lo habitual. Uno de tus tíos había venido de visita y había traído a toda la familia, entre ellos a Álvaro y a Aura, los otros dos primos que no veías desde que se mudaran hacía unos cuantos meses. Aura era unos seis meses menor que Ana, aunque físicamente eran idénticas, y Álvaro, aunque mayor que Cesar, no aparentaba tener ni doce años. Ambos te caían muy bien, sobre todo Álvaro, ya que también le gustaban las computadoras y no demasiado el deporte.

Con tanta gente diste por olvidada cualquier acción que pudieras tomar con tu primita, y afortunadamente ya a media plática ella regresó y te saludó tan amablemente como lo hiciera todos los días. Al menos ya no tenías ese peso sobre tus hombros.

Resultó que tu tío estaba tratando de mudarse de nuevo a la ciudad, y por eso habían venido, así que no se quedaron mucho tiempo, sólo habían pasado a saludar y tuvieron que irse tras prometer que pronto vendrías ya todos los domingos. También Luis se fue, al parecer tenía una cita con su novia, y Cesar tenía un examen el lunes, así que estaba sentado estudiando. Y de pronto sentiste que las cosas se habían acomodado mágicamente para que algo más ocurriera. En realidad la forma en que todo se había puesto parecía sacada de una mala novela erótica.

Encontraste a Ana en el cuarto de tus abuelos viendo tele. Al verte entrar pareció sorprendida, hasta te pareció que se ruborizó un poco, finalmente te sentaste en la cama y decidiste disipar tus dudas.

—Ana, ¿pasa algo, soy yo o de repente me huyes cuando me ves? —le dijiste en el tono más calmado posible, uno que te pareció demasiado serio, hubieras preferido decírselo en broma, pero ahora lo que importaba era su respuesta.

—Nada —contestó de prisa, y esquivó tu mirada.

Antes que pudiera reaccionar estabas tras ella y comenzaste a hacerle cosquillas en las axilas. Ana cayó en la cama y seguiste cosquillándola por todos lados. Ahora que sabías que su pancita era un buen lugar aprovechaste para matarla de risa cosquillándola sobre límite del pantalón. También aprovechaste para pasar tu mano un par de veces por su trasero, e incluso por sus muslos, pero nada más. Finalmente viste que Ana ya no podía más y la dejaste en paz.

—Bueno —contestó al fin—, te acuerdas el pasado domingo. Pues yo estaba dormida y medio me desperté cuando guardaste las muñecas —no te agradaba el tono que esto tomaba, respiraste profundo y seguiste escuchando—, pues quise darte un susto y me fingí dormida, y luego comenzaste a acariciarme y me gustó y casi me dormí de nuevo. Y luego creo que desperté y sentí una comezón muy rara en mi pancita, y entonces me di cuenta que se me veían los calzones, y me volteé para que no me vieras— te dijo al fin, completamente ruborizada.

Respirabas de nuevo, sin darte cuenta habías aguantado la respiración mientras Ana contaba la historia, y ahora te sentías muy calmado, y también algo excitado, tal vez muy excitado, pues te encontraste diciendo:

—¿Y qué fue esa comezón en tu pancita?

Ana se ruborizó todavía más.

—Pues que me tratabas de hacer cosquillas —dijo evadiendo tu mirada.

—¿Te gustó? —le dijiste sonriendo.

Ana te volteó a ver, y accedió con la cabeza.

—Pero no es bueno que veas debajo de mi falda. Mi mamá dijo que no debo dejar que nadie mire —te dijo en tono recriminatorio. Tú accediste con la cabeza, sabía que debías prometerle no volver a hacerlo, pero no podías, sabías que sería una promesa que no cumplirías. Dabas por concluida la conversación e intentaste ver la tele, pero Ana siguió hablando—. Luego intenté hacerlo yo, pero no sentí las cosquillas —dijo—, ¿Me harías cosquillas de nuevo?

La miraste sorprendido. Ciertamente eso no lo esperabas, y no estabas seguro si debías aceptarlo, pero sí sabías que no podías negarlo, al menos trataste de no decir un sí muy directo.

—¿Y qué hay de lo que te dijo tu mamá?

—No le diré nada —contestó al instante—. No le dije antes —aclaró un momento después, como para hacerse acreedora de tu confianza.

Habas centrado tu atención en la tele, y cuando regresaste a ella viste que tenía ambas manos en su entrepierna.

—Creo que puedes hacerlo sola —le dijiste sin pensar. Y al instante un torbellino



de pensamientos se agolparon en tu mente: culpa, deseo, estupidez, ira. Todo al mismo tiempo.

—No es la misma comezón que cuando tú lo hiciste —te contestó ruborizada. Sus palabras te regresaron a la realidad. Ya no podías pelear más, aunque realmente nunca habías intentado hacerlo. Extendiste la mano hacia la entrepierna de Ana y ésta retiró sus manos. Colocaste la tuya sobre la dura mezclilla e intentaste frotarla, no sentiste nada, y al parecer Ana tampoco —. Con el pantalón no se puede —e dijo, decepcionada—, pero no puedes ver mis calzones, me dijo mi mamá, solo puedes tocarlos —comentó aparte. Sonreíste ante la forma en que aún trataba de respetar las órdenes de su mamá.

—No los veré —le dijiste y le desabotonaste el pantalón, por la pequeña abertura podías ver el encaje de sus braguitas, y comenzaste a meter la mano para tocarla. Justo entonces la puerta chirrió y apenas sacaste tu mano se asomó la mamá de Ana, diciendo que se alistara, que ya se iban—. Mejor alístate —le dijiste abotonándole los pantalones y dando gracias al cielo por la distracción de tu tía, que no había notado el pantalón abierto de su hija.

—¿Vendrás el próximo domingo, verdad? —te preguntó Ana antes de irse.

—Si, te aseguro que vendré —le contestaste.

Cumpliste tu promesa, y cada vez tenías más deseos de ir y más sentimientos de culpa por saber que no podías dejar de hacerlo, y lo peor era que casi no habías hecho nada. Ana no había vuelto a llevar falda, tal vez no lo hacía porque sabía lo que harían. Había sido fiel a su mamá y no te permitía verla. Cuando llevaba pantalones te dejaba frotarle la entrepierna desde afuera mientras se recostaba en la cama. Podías ver que le gustaba, pues se aceleraba su respiración, pero nunca pasó de eso, y siempre había algún ruido fuera del cuarto que los sobresaltaba.

Una vez llevó pantalón de mezclilla, y te permitió meter la mano por la bragueta mientras prometieras que no la verías. No podías ver nada, pero llegaste a sentir sus braguitas de nuevo, y sentiste la piel de su entrepierna. Entonces en un impulso apartaste el calzón de tu camino y tocaste la vulva de tu primita con la punta del dedo. Ana saltó en la cama y te hizo sacar la mano.

—No —dijo, preocupada—, está sucio —terminó. Viste que se acomodaba el calzoncito por la abertura y luego te dejaba continuar. Aquel día Ana en verdad llegó a respirar rápido, y por un momento pensaste que tendría un orgasmo, pero de nuevo los interrumpieron.

Y cada fin de semana cuando regresabas a tu casa con una erección en los pantalones y el olor de tu primita en tu mano pensabas en lo que hacías y decidías no hacerlo de nuevo. Pero la resolución menguaba durante la semana, y cuando llegaba el próximo

domingo no ponías objeciones cuando Ana te preguntaba si querías «jugar con ella».

## 4 Aura y Ana

Pasadas algunas semanas la emoción de lo que hacías fue menor y tu sentido común comenzó a gritarte. Era muy excitante y todo, pero era un riesgo muy alto si alguien los descubría. Además de que tu primita había sido muy firme al poner los límites y era excepcionalmente estricta al respetarlos, muy estricta para una niña de diez años recién cumplidos. Te permitía sobarla sobre el pantalón, o que metieras tu mano bajo su falda o en la bragueta del pantalón. Pero no te permitía que vieras sus calzones ni mucho menos su vulva. No te detenía cuando la abrazabas o acariciabas sus piernas, o su cuerpo, y después de un rato de frotarla te permitía que también le acariciaras el trasero, pero eso era todo. Muchas veces habías intentado romper las reglas, levantando su falda para verle los calzones, pero ella se bajaba la falda con las manos y te veía molesta, regañándote con la mirada.

Con todos los hechos dando vuelta en tu cabeza habías decidido aquel domingo que nada ocurriría, incluso tenías pensadas algunas frases para disuadir a tu primita, pero lo mejor sería que no te separaras de tus otros primos. Y tal pareció que la situación te ayudaba en tu propósito. Tu tío Luis había asistido, junto con su esposa y habían traído a Álvaro y Aura. No te fue difícil unirse a la conversación y Ana no te dijo nada al tener finalmente a su prima para jugar.

Resultaba que Luis quería mudarse a la ciudad y ya tenía algunas casas en mente, y deseaba que el resto de la familia las viera para ayudarlo a decidir. Asombrosamente todos aceptaron con gusto, diciendo que hacía mucho que no salían de aquella casa, y que podrían aprovechar para comer fuera. El único problema eran los niños. Ricardo no podía cuidarlos porque su novia iba a venir y luego iban a ir al cine, y estaban seguros que no les agradaría ir a visitar casas. Antes que tuvieras tiempo de pensar tu abuela ya te los estaba encargando, y pronto todos salieron hechos tropel diciendo que regresarían hasta después.

Así que te quedaste solo a cargo de tus cuatro primitos, quienes habían seguido sus juegos sin importarles que sus papás se fueran. «Esto es una prueba a mi voluntad», pensaste al imaginarte lo que podrías hacer con Ana. Pero lograste desechar la idea fácilmente al recordar que jugaba con Aura. Decidiste unirse en cualquier juego que tuvieran tus primos.

Ya caminabas hacia el patio cuando Cesar y Álvaro pasaron corriendo junto a ti mientras decían que iban a las maquinitas de la esquina. Salieron como una exhalación

y no pudiste decir nada. Pensaste en seguirlos, pero las niñas eran tu responsabilidad y no podías dejarlas. Sin tener opción, y con tu fuerza de voluntad desmoronándose a cada paso, fuiste al cuarto de tus abuelos, donde jugaban tus primitas.

Y ahí estaban ellas, jugando sobre la cama con varias muñecas. No eran las caras muñecas de tu bisabuela, sino unas barbies que Aura había traído, eran tres barbies, un ken y un montón de ropa. Llegaste justo cuando estaban cambiando a las muñecas, y sobre la cama estaban dos barbies completamente desnudas, sentadas.

Ana y Aura rieron al verte e incluso Ana quiso ocultarlas juguetonamente de ti.

—Los hombres no pueden verlas desnudas —dijo en broma.

—Pero no les ponen la pipí —dijo Aura distraída mientras desvestía al ken—, eso es lo que no puede ver.

Ana pareció afectada por el comentario de Aura, y viste que se movía y se llevaba una mano a la entrepierna. Era un gesto que comenzaba a hacer al verte antes de proponerte que «jugaran» juntos. Pero ésta vez Aura lo vio.

—¿A ti también te gusta tocarte ahí? —preguntó dejando de lado al ken—, a mi me gusta, pero mi mamá me vio una vez y me dijo que era sucio y que no lo hiciera.

Ana se sonrojó y no dijo nada, pero el comentario de Aura había derribado cualquier barrera que tuvieras.

—¿Entonces ya no te tocas? —le preguntaste sin pensar.

Tanto Aura como Ana te miraron y las dos se pusieron algo rojas, pero Aura recogió al ken y comenzó a vestirlo mientras te contestaba.

—Pues sí, a veces. Pero no le digas a mi mamá.

Te sentaste en la cama tras ella y la miraste. Pese a ser sólo seis meses menor que Ana se veía bastante más pequeña. Al igual que su hermano no era muy robusta, todo lo contrario de Ana y su hermano.

—No le diré —le aseguraste mientras comenzabas a darle un masaje en la espalda. Aura no contestó y siguió jugando con el ken.

Pero tú tenías otras ideas, y decidiste jugarte las cosas. Mientras tu primita jugaba comenzaste a bajar tu masaje por su espalda, hacia su cadera y luego diste un brinco a sus piernas, para seguir hacia arriba. Aura había dejado el juego, y era claro que el masaje le gustaba. Ana te miraba medio roja y seguía con una mano en la entrepierna, sobre su pantalón de mezclilla.

Subiste por las piernas del pants de Aura hasta que tus manos llegaron de vuelta a su cadera, y entonces las moviste sobre su pancita, hacia su entrepierna. Sentiste que Aura, que ahora se recostaba contra ti, daba un respingo, pero no te detuvo. Con bastante aprensión moviste tu mano hasta que ésta quedó sobre el pubis de tu primita, y con delicadeza deslizaste un dedo en la V que formaban sus piernas, luego aplicaste

más presión y comenzaste a mover tu mano arriba y abajo. De pronto la manita de Aura se desplazó hasta posarse sobre la tuya, pero no para detenerte, sino para guiarte un poco más abajo y con más fuerza.

—Si quieres puedo hacerlo debajo del pants —le dijiste. Una mirada a Ana te demostró que ella ya se había abierto la bragueta y se frotaba a sí misma sobre las braguitas. Aura no dijo nada ni abrió los ojos, pero asintió con la cabeza, muy relajada por el masaje previo y disfrutando las sensaciones que ahora le provocabas.

Con una mano levantaste su blusa hasta dejar a la vista su ombligo, luego retiraste la mano de su entrepierna y la subiste hasta tocar su piel directamente. Aura dio otro respingo y su respiración se aceleró un poco más. Acariciando su pancita fuiste introduciendo tu mano bajo el pants mientras tu primita daba saltitos. Sentías su piel tersa y cálida, y de pronto fuiste consiente de tu erección. Afortunadamente te habías sentado en la cama con una pierna sobre ésta, en la que se recostaba tu primita. De lo contrario tu verga habría rozado la espalda de la niña.

Finalmente llegaste al linde de sus braguitas. No eran de encaje como las que usara Ana, pero supiste que debías elegir, ir sobre ellas o seguir hasta su rajita desnuda. La última opción te llamaba más, pero no estabas seguro cómo reaccionaría tu primita. La miraste mientras seguías acariciando su pancita y viste que Aura tenía ambas manos en su entrepierna y las apretaba y soltaba con fuerza, eso te decidió.

Doblaste los dedos y sentiste que el elástico de las braguitas los rodeaba, entonces empujaste y pudiste sentir que tu mano se deslizaba debajo de su calzoncito. Aura templó un poco, pero no te detuvo. Estaba bastante sonrojada y respiraba con inhalaciones rápidas y pequeñas. Sentías que tu mano se movía entre la suave y cálida piel de tu primita y la suavidad de sus calzoncitos de algodón. También sentías no muy abajo la presión que las manitas de tu primita ejercían sobre su rajita.

No estabas seguro si era tu sudor o el de tu primita, pero sabías que tus dedos estaban empapados. Empujaste un poco más y con un gemido tu primita te anunció que habías llegado a los lindes de su vulvita. Abriste dos dedos y la recorriste por fuera, mientras tu primita se estremecía en tu regazo y sus manos se retiraban para dejar maniobrar las tuyas. Con tu mano libre comenzaste a acariciar su rostro, brazos y cualquier otra parte que estuviera a tu alcance. Veías cómo intentaba subir las caderas, para hacer que tus dedos tuvieran contacto directo con su vaginita, en vez de evitarla.

Finalmente cerraste la mano sobre su rajita y recorriste sus labios de abajo hacia arriba con dos dedos. Estaban calientes y suaves, muy húmedos, casi los sentiste vibrar bajo tu toque, y tu primita emitió un gemido mientras la tocabas. Sus ojos se abrieron y te dedicó una mirada mezcla de incertidumbre y placer. Entonces llegaste a su clítoris, y con tu dedo medio lo frotaste suavemente. Aura dio un gran respingo al tiempo que

emitía un fuerte gemido y cerraba de vuelta los ojos. Recorríste de vuelta con tu dedo medio el medio de su rajita hasta abajo y subiste una vez más. Era diminuta, tan cálida y tan húmeda. Deseabas sacar tu mano y olerla, deseabas aún más ver aquello que estabas tocando, pero de momento te conformaste.

Tu primita gemía cada vez que expiraba y su cuerpo se movía en tu regazo al ritmo de tu mano. De pronto sus manitas se prensaron sobre tu brazo y abrió los ojos.

—Siento... siento algo raro en pancita —te dijo en un hilo de voz, interrumpido por las rápidas respiraciones y los gemidos involuntarios. Viste que había miedo en sus ojos, o tal vez sólo aprensión—, creo que... que tengo que ir... ir al baño —logró decirte entre gemidos. Pero no hizo intento por levantarse, ni por detener tu mano, en realidad movía su cuerpecito más rápido cada vez.

—No te preocupes, sólo concéntrate en lo que sientes en tu pancita —le contestaste al comprender que estaba cerca de su orgasmo. Te agachaste sobre ella y la besaste suavemente en la frente, mientras con tu mano libre acariciabas su rostro.

Entonces reemprendiste las caricias a su rajita, aplicando más presión con tu dedo medio cada vez, incluso sentiste por un momento como que la punta de tu dedo se posaba a la entrada de su vagina, y comenzaste a moverlo más rápido. La reacción de tu prima no se hizo esperar, dio otro gran gemido y sus manos fueron hacia su entrepierna, donde apretó tu mano desde afuera para que presionaras con más fuerza.

Lo hiciste y sentiste que tu dedo medio se hundía casi hasta la primer falange dentro del cuerpecito de tu primita, entonces utilizaste tu pulgar para masajear suavemente su diminuto clítoris, y tu prima dio una serie de grititos de placer a la vez que todos los músculos de su cuerpo se tensaban y soltaban al rito de su acelerada respiración. Después de los grititos siguió respirado rápido, pero su cuerpo pareció derretirse entre tus piernas. Sus manos colgaron a los lados y poco a poco la respiración se hizo lenta de nuevo. Podías sentir tu mano empapada dentro de su calzoncito, y pese a que toda tu primita estaba cubierta de sudor sabías que aquello en tu mano no lo era. Moviste un par de veces tu mano sobre su rajita, pero no hubo respuesta, así que lentamente la sacaste.

Sólo entonces recordaste a Ana, que estaba sentada viendo todo con los ojos muy abiertos, con una expresión de ansiedad, miedo, curiosidad y preocupación. Su propia mano estaba en la abertura de sus pantalones, y aunque nada más en su cuerpo se movía su mano parecía tener voluntad propia. Pareció estar a punto de decir algo cuando Aura finalmente abrió los ojos y se removió en tu regazo.

—Es lo mejor que he sentido nunca —dijo mientras intentaba darse la vuelta—, eres mi primo favorito —agregó mientras se incorporaba con premura en la cama y te daba un beso en el cachete. Estaba toda cubierta de sudor, y la blusa se le pegaba al cuerpo,

pero sonreía como nunca. Entonces vio a Ana, quien todavía parecía desconfiar de lo que había pasado—. Es lo mejor, empieza como cosquillitas en tu pancita, luego parece que voy a hacerme pipí, y luego se siente increíble —le explicó a su primita emocionada.

Ana retiró la mano de su pantalón y te miró, luego a Aura y a la entrepierna de Aura. Viste entonces que tenía una mancha oscura en el pantalón. Probablemente sus jugos habían traspasado el calzón y habían manchado al pantalón. Aura lo vio, se llevó una mano para tocarlo y luego lo olió, haciendo un gesto, pero pareció no importarle. Te habías limpiado la mano inconscientemente en tu pantalón, pero aún estaba el olor de tu primita, y discretamente lo percibiste, algo dulce y muy penetrante. Estabas pensando alguna forma de explicarle que no podía comentarlo cuando Ana habló.

—¿En serio se siente bien?

—Se siente lo mejor —contestó con seguridad Aura—, mil veces mejor que cuando sólo te tocas —aseguró.

—Pero recuerda que tu mamá dijo que no te tocaras —comenzaste. El rostro de Aura perdió la sonrisa y te miró con consternación.

—¿No le vas a decir que me tocaste, verdad? Me regañaría y castigaría —te suplicó.

—No se lo diré si tú no se lo dices —le aseguraste sonriendo.

—Este —habló entonces Ana—, ¿me lo harías sentir a mi también? —preguntó mientras se ponía aún más colorada.

—Si —le contestaste sonriendo—, pero para eso si necesito tocarte... directamente —le dijiste.

Ana te miró con desconfianza, como sopesando si sus reglas se sobreponían a lo que había descrito Aura. Finalmente pareció decidirse y comenzó a desabotonarse los pantalones. Te levantaste para ir a su lado, pero un grito te detuvo.

—¿Qué es eso? —gritó Aura al ver el bulto en tus pantalones cuando te incorporaste. Fue tu turno para sonrojarte, mientras pensabas cómo contestar.

—Es lo que... yo tengo... por donde hago pipí —contestaste al fin. Ahora tanto Ana como Aura miraban el bulto.

—He visto el de mi hermano, y no es tan grande y duro —aclaró Ana. Aura se había atrevido incluso a tocarlo sobre tu pantalón. Y ahora eras tú quien se bajaba el pantalón para mostrárselos.

Ninguna dijo nada, pero los dedos de Aura pronto comenzaron a tocarlo, haciendo gestos al ver las gotitas de líquido que salían de la punta, pero la curiosidad pudo más. Ana lo miraba fascinada, acariciándose con la mano por el ahora abierto pantalón.

Sabías que las manipulaciones de Aura pronto te harían eyacular, y no querías crear

un desastre en el cuarto de tus abuelos, por lo que, con gran pesar, retiraste su manita y te subiste los pantalones.

—Creo que Ana quería sentir lo mismo que tú —le recordaste a Aura.

Ana se negó a quitarse los pantalones, pero no detuvo tu mano cuando la metiste bajo sus braguitas. Se veía que estaba aterrada, y cerró con fuerza las piernas en cuanto tu mano tocó su piel. No querías que fuera algo así, así que le dijiste que se calmara y comenzaste a acariciarla igual que habías hecho con Aura, masajeando su espalda y tratando de calmarla. Te llevó bastante tiempo, tiempo en el cuál perdiste tu erección, pero finalmente Ana parecía calmada y no se sobresaltó cuando colocaste tu mano en su entrepierna por sobre el pantalón, ni cuando comenzaste a bajar por su pancita.

Pero cualquier otra cosa quedó cancelada cuando escucharon abrirse la puerta de entrada. Los tres saltaron. Ana estaba más sorprendida que nadie, casi se podía decir que frustrada, y tardó mucho en abotonarse los pantalones. Aura se sentó en la cama ocultando la mancha en el pantalón y tratando de desprenderse la blusa del cuerpecito, y tú te acomodaste la ropa lo mejor posible.

Afortunadamente sólo eran Cesar y Álvaro que volvían de las maquinitas, y no prestaron atención al preocupado grupo que formaban tú y tus primitas.

\* \* \*

Regresaste a tu casa ese domingo completamente trastornado. No sólo habías tocado una vulva por primera vez, sino que habías hecho que tu primita de nueve años y medio tuviera un orgasmo, y ahora Ana estaba bastante dispuesta a que la tocaras. Cualquier idea de resistirse al proceso se desvaneció de tu mente, aunque la culpabilidad iba en aumento.

Aura no se quedó, al parecer tu tío no encontró una casa que le gustara y pudiera pagar, así que Aura se marchó antes del próximo domingo, y de nuevo las reuniones fueron rutina, con aquellos que se reunían. Pero cosas importantes habían cambiado en tu relación con Ana. Una vez que las barreras cayeron, las libertades que te permitió Ana aumentaron mucho, era claro que lo que deseaba era sentir aquello que había sentido Aura, y te dejó explorarla en orden de conseguirlo.

Siempre recordarías la primera vez que te permitió ver su pequeña rajita. Estaban en el cuarto de las muñecas, y ella se acostó en la cama, con las piernas abiertas, llevaba una falda larga de cuadros rojos y amarillos. La miraste con delicadeza tras cerrar la puerta con seguro y te acercaste a ella. No podías creer que te dejaría verla y tocarla. Comenzaste acariciando sus brazos, piernas y cuerpecito, como habías hecho ya en las semanas anteriores, y finalmente te atreviste a meter una mano por debajo de la falda mientras seguías acariciando sus piernas.

Entonces levantaste la falda y la colocaste con delicadeza sobre el pecho de tu

primita, dejando ante tus ojos sus pequeñas braguitas. Eran rosadas y con algunos dibujos de ositos, las acariciaste por los bordes, tocando al mismo tiempo el calzoncito y la suave piel de tu primita. Ana se estremeció y su respiración se agitó, abrió las piernas un poco más y luego te dejó proseguir.

Con delicadeza, tanta como te lo permitía el deseo que sentías, colocaste tus manos en el elástico de sus braguitas y comenzaste a jalarlas hacia abajo. Casi al instante las manos de Ana te detuvieron.

—No, no puedes quitármelas —dijo alterada mientras las sostenía con sus manitas.

—Está bien —dijiste con delicadeza, aunque estabas muy decepcionado. Seguiste acariciándola por el perímetro de sus calzoncitos, y podías notar que una pequeña mancha húmeda se formaba en el centro de éstos, no podías creer lo cerca que estabas y no poder verla. Habías mantenido tus manos alejadas de su centro para que ella misma te pidiera que la tocaras, pero aunque se movía y jadeaba con tus manipulaciones no dijo nada.

No aguantaste más, tomaste entre tus dedos la sección de sus braguitas que ocultaba su pequeña vulvita, y lo hiciste a un lado, dejando al descubierto el premio que tanto anhelabas. Te sorprendió lo que te recibió. No era más que una línea rosada en el centro de la entrepierna, sin ningún distintivo particular, pero el olor que exhalaba y la humedad que lo rodeaban no dejaban dudas de la excitación de tu primita.

Mientras con una mano sostenías el calzón a un lado, con la otra tocaste suavemente su rajita, estaba caliente y pegajosa, tal como la de Aura, y te maravilló la forma en que los labios superiores se abrían ante tu toque, al tiempo que tu primita exhalaba un gemido de placer. Tocaste con dos dedos la longitud de la línea y ésta se fue abriendo para revelar el rosado interior, de un color como una fruta deliciosa, sólo esperando para ser comida. Deseaste en ese momento lamerla, pero temía su reacción, por lo que simplemente seguiste tocándola. Entonces reparaste en su clítoris, justo sobre la entrada a su vaginita, una protuberancia de piel que se había abierto paso hacia fuera mientras tus dedos recorrían los labios de su vulva.

Lo tocaste con el pulgar y tu prima se estremeció de placer. Su respiración ya era muy rápida y su cuerpo comenzaba a moverse mientras sus manitas te acariciaban los brazos. Con tu dedo medio recorriste el interior de su vulva, ahora completamente expuesta, presionando con algo más de fuerza, y pronto encontraste aquel lugar donde casi una falange de tu dedo podía hundirse en el cuerpecito de tu primita. Ahí estaba la entrada a su vaginita, y por un momento pensaste ver que tanto de tu dedo podían insertarle, incluso pasó por tu mente la imagen de tu verga entrando ahí, pero sabías que era demasiado pequeña. Distes otro toque a su clítoris, dispuesto finalmente a llevarla a su primer orgasmo.



Pero justo entonces alguien tocó la puerta y la manija se movió. Rápidamente te apartaste de Ana, al tiempo que ésta se incorporaba y se acomodaba la falda.

Aquello había sido lo más cercano que habían estado, ya que pocas veces Ana llevaba falda y con todas los primos por la casa era muy difícil encontrar un lugar solo durante mucho tiempo. Sin embargo Ana te permitía ahora meterle la mano en los pantalones y tocarle su rajita cada vez que podían.

Estabas feliz con aquella situación, si bien que cada Lunes prometías a todas las deidades que ya no lo harías más, pues sabías que de alguna forma estabas dañando a tu primita, y probablemente a ti también. Pero cuando llegaba el domingo no podías evitar seguir adelante con todas tus fuerzas.

## **5 Invitación de Rodri**

Varias semanas pasaron así, y antes que te dieras cuenta llegaron las vacaciones. Con ellas tuviste mucho tiempo libre entre semana para pensar en tus actos, y planear estrategias en voz alta para evitar encontrarte a solas con Ana, al mismo tiempo que planeabas cómo sí hacerlo en voz baja. Pero fue de nuevo el destino quien te ayudó, u obstruyó, ya que un buen día, mientras leías tu correo electrónico, tu mamá te anunció que Cesar, Ana y tus tíos habían ido de vacaciones a visitar a unos familiares, y que no volverían por algunas semanas. Aquello fue un golpe duro, pero decidiste que era una señal para dejar de una vez por todas, y mientras aún podías, aquella malsana relación.

Fue por eso mismo, además de tus gustos personales, que aceptaste una invitación a dormir de parte de tu tía materna, Patricia. Vivían en la ciudad, pero a más de una hora de viaje, por lo que no los veías muy seguido, aunque de cada diez llamadas telefónicas recibidas en tu casa cinco eran de ella. Patricia tenía dos hijos. Diana, dos años menor que tú, pero aparentaba mucha mas edad que sus 15 años, era una muchacha extrovertida y madura, segura de si misma y muy divertida. Recordabas haber jugado con ella cuando era una niña, pero ahora ella prefería salir con sus amigas o su novio a estar con la familia, siempre se vestía con esmero y debías reconocer que era de las muchachas mas guapas que conocías. Pero no era ella quien te había invitado, sino su hermano pequeño, Rodri.

Rodri era un año mayor que Ana, y según la opinión de Diana, lo peor que le podía ocurrir al mundo. A ti te caía muy bien, y al parecer el sentimiento era mutuo, pues siempre decía que eras su primo favorito. No sabías lo que habías hecho para ganarte ese apelativo, pero te agradaba. Jugar con Rodri era divertido y sin duda te quitaría de la mente cualquier otro pensamiento, tratar de seguirle el ritmo a un niño de once años

es una labor que requiere cada segundo de cada minuto de cada hora del día. En parte por eso te había llamado tu tía, Rodri salía de vacaciones junto contigo, mientras que Patricia tenía que trabajar y Diana todavía tenía escuela.

El primer día que pasaste allá fue muy divertido, considerando que Rodri y tú tenían la casa para ustedes solos. Sólo tenías que cuidar que Rodri no destruyera nada importante y seguir sus juegos dentro y fuera de la casa, cosa que te agradaba bastante. Jugaron con sus videos, salieron en bicicleta y jugaron baloncesto. Comieron cuando Patricia regresó del trabajo en la tarde, y cuando tu tía se retiró volvieron a jugar. En todo el día no viste ni rastro de Diana, había salido antes que tú llegaras y su mamá dijo que probablemente no regresara hasta ya de noche.

Si de Rodri hubiera dependido no hubieran dormido aquella noche, jugando Nintendo o Play Station. Pero su mamá fue clara al respecto y los mandó a dormir. Ya que vivían en una casa no muy grande habían de repartirse las habitaciones. Diana se apoderó de la suite en el piso de arriba, y Rodri había elegido uno de los cuartos del piso bajo. Su mamá, tratando de ser condescendiente, dormía en el otro cuarto de la planta baja, por lo que el cuarto de las visitas era el cuarto pequeño, casi ático, en el segundo piso.

Rodri y su mamá se durmieron temprano. Una por cansancio y el otro por que lo obligaron, tú te quedaste pensando un rato antes de dirigirte a la cama, y no bien habías caído dormido cuando escuchaste que la puerta del cuarto frente al tuyo se abría: Diana había llegado. Trataste de volver a dormir, pero tras girar varias veces en la cama aceptaste que no lo lograrías. Notaste que tenía que ir al baño, y pensando que tal vez tras levantarte y acostarte de nuevo el sueño regresaría saliste de la cama.

Tardaste en acostumbrarte a la oscuridad, pese a lo cual llegaste al baño sin problemas. Ya ibas de regreso a tu cuarto cuando escuchaste ruido que venía del otro lado del pasillo, de la puerta de tu prima Diana. Te acercaste con curiosidad y escuchaste con atención. Podías oír movimientos armónicos y repetitivos, acompañados de ves en cuando por un gemido leve o el sonido de las sábanas al moverse. Ya suponías lo que ocurría, pero por costumbre colocaste la mano sobre la puerta, y ésta se abrió hacia adentro chirriando.

Todos los ruidos pararon al instante, y antes de que tu prima dijera algo hablaste en voz queda:

—Disculpa, no sabía que te estabas masturbando —dijiste nervioso—, me voy a mi cuarto a hacer lo mismo —añadiste tratando de romper la tensión. Siempre habías hablado francamente con Diana, la considerabas una muchacha muy lista, y ella también confiaba en ti. Y aunque no habían platicado de sexo antes, suponías que no se molestaría por tu comentario.

—Espera —te dijo desde dentro. Oíste que se levantaba y movía algunas telas, antes

de levantarse y abrir la puerta completamente—, fue mi culpa, debí cerrar bien la puerta —podías escuchar su rápida respiración, prueba de su anterior excitación—. Por qué no entras, no nos hemos visto en todo el día —te ofreció tras un momento de silencio.

Entraste y ella cerró la puerta tras sí para luego encender la luz. El brillo de la habitación te cegó un momento, pero finalmente lograste enfocar tus entornos. El cuarto de Diana no había cambiado desde aquella tarde cuando Rodri usó una pluma para forzar la puerta y robarle un lápiz de cejas. Lo que llamó tu atención fue tu prima, había crecido bastante desde que la vieras, era apenas cinco centímetros mas baja que tú, delgada y morena, con el cabello negro y rizado que caracterizaba a tu familia, y un rostro suave y redondeado. Se había quitado el maquillaje y no se había molestado en peinarse, además de que se había echado encima las cobijas de la cama para cubrirse, pero nadie podía negar que era una hermosa muchacha.

—Hacía mucho que no nos visitabas —dijo al fin.

—Mucho menos de lo que tú me has visitado —le contestaste sonriendo. Diana también sonrió, se sentó en la cama y te invitó a sentarte. Obviamente quería decirte algo.

—Entonces —comenzó—, ¿tú también te masturbas? —preguntó al fin, y viste que el rubor subía aún más en su rostro. Era algo raro, pues normalmente Diana podía hablar de cualquier cosa sin pena ni gloria.

—Si —respondiste al fin—, hasta donde lo entiendo cualquier persona sana lo hace —añadiste.

—Si, ya sé —dijo Diana sonriendo—, pero es que con todas las normas sociales en que vivimos es difícil creerlo —dijo mucho más suelta, como era su forma normal de ser. Sin embargo pronto el color se le subió de nuevo al rostro—. ¿Y alguna vez... lo has hecho? —preguntó de nuevo, sin mirarte a los ojos.

La pregunta te tomó por sorpresa, aunque no demasiada, dados los tintes de la conversación. Imágenes de todo lo que habías hecho con tus primitas pasaron por tu mente. No podías decírselo, pero no querías mentirle.

—¿Tener sexo? —respondiste al fin—, no... —tomaste aire—, no todo al menos —tragaste saliva al ver que los penetrantes ojos negros de tu prima escrutaban los tuyos—. ¿Y tú? —preguntaste al fin, intentando esquivar su mirada.

—No, tampoco —respondió más con desgana que con vergüenza—, mi novio y yo nos hemos besado y tocado un poco, pero nada más. Mi mamá me prohibió cualquier cosa y me vigila. Pero mi novio quiere hacerlo y... yo también —levantó la cabeza en un gesto que conocías de decisión—, y voy a hacerlo, no importa lo que mi mamá diga —terminó.

Estabas sin palabras (aunque con una gran erección). Miraste su rostro y notaste que el rubor había vuelto, pero no por la vergüenza, al parecer la charla la estaba excitando, o tal vez era remanente de sus actividades previas a tu intromisión.

—Bueno —dijiste al fin—, bien por ti, creo que tengo que ir a mi cama —añadiste, pero Diana te interrumpió.

—No tienes novia, ¿verdad? —preguntó mirándote a los ojos. No esperó a que le respondieras—, no, se ve que no —se levantó olvidando las cobijas en la cama. Vestía un camisón largo color azul cielo que dejaba en claro la forma de sus senos, pequeños pero firmes y salientes—. He pensado que... pues mi novio tiene ya experiencia en esto. Y tú sabes que no me gusta estar en desventaja. Y pues pensé que sería bueno tener práctica de lo que sería —hizo una pausa en su tren mental para mirarte, aún sentado en la cama—, y como tú tampoco tienes mucha experiencia creo que podríamos... practicar un poco —terminó—. Si tú aceptas, claro —remató algo preocupada

—¿Sexo? —preguntaste atónito—, ¿tú y yo? —no podías asimilar lo que había dicho—, ¿aquí? —terminaste con la boca abierta.

—¡No! —contestó ella rotundamente, cerrándote la boca con la mirada—, no todo, quiero decir —habló más suavemente—. Quiero darle mi virginidad a mi novio —se sonrojó al decir aquello y se llevó las manos al rostro—, pero quisiera ver los... las partes... masculinas en vivo —continuó—, entender qué les gusta y qué no, cosas por el estilo —terminó sentándose en la cama, cubriéndose el rostro con las manos, sabías que debías estar completamente roja, tú nunca te hubieras atrevido a decir aquello, y aún que conocías la expresiva personalidad de tu prima te sorprendió su discurso.

Tragaste saliva para humedecerte los labios, secos como el desierto desde que comenzara la plática.

—Cualquier hombre que no salte sobre ti si le dices eso es que es gay o está aterrorizado.

Diana se quitó las manos de rostro y te miró medio asombrada, estaba tan roja como te la imaginabas, una leve sonrisa, que la hizo ante tus ojos la criatura más hermosa del mundo, se dibujó en sus labios y su mano se extendió hasta posarse sobre la tuya.

—Pues no saltaste sobre mí —te dijo dulcemente, y pareció que el rubor subía aún más. De pronto su mano te parecía como algo caliente, y la ligera pijama que vestías te parecía un atuendo tan caluroso como un abrigo en pleno verano—. Y supongo que te agradezco eso —dijo mientras cerraba los ojos y dejaba que su rostro se acercara al tuyo.

Lo que hiciste no lo pensaste, no pensaste en las consecuencias ni en nada más. Simplemente te dejaste llevar hasta que tus labios tocaron los suyos. Fue un beso suave y tierno, sentiste sus labios y te dejaste llevar por la maravillosa sensación. Habías

oído acerca del «beso francés» y cosas por el estilo, pero para ti aquel fue un beso perfecto.

Poco a poco abriste tu boca para abarcar más de ella y tu prima hizo lo mismo. Giraste la mano que tenías en la cama y tomaste la de tu prima, mientras con tu otra mano comenzabas a acariciar los hombros de tu prima. Ella fue más aventurada, ya que su mano fue a posarse directamente en tu entrepierna, donde tu erección era claramente visible. Al sentir sus dedos sobre tu miembro rompiste el beso y la miraste.

Diana regresó tu mirada con aprensión al tiempo que soltaba tu miembro y se apartaba, temiendo que la rechazaras, pero no había nada que desearas menos. Rápidamente alargaste tu mano y la colocaste sobre uno de sus pechos, era suave y firme a la vez, y se ajustaba perfecto a la palma de tu mano, incluso podías sentir bajo el camisón el pezón que intentaba salir. Diana se sorprendió un momento, pero luego sonrió y regresó a tu miembro, tratando de identificarlo a través de la tela de la pijama.

Acariciaste su pecho un momento, y era claro que le producías placer, tanto como el toque de su mano en tu verga te lo daba a ti, pero deseabas ver más, tocar su piel desnuda, por lo que soltaste su otra mano e intentaste levantar el camisón sobre su cabeza. Diana te miró un momento y luego subió los brazos y se levantó para permitirte proseguir. Te sorprendiste al descubrir que no llevaba bragas, aunque claro, hubieran sido incómodas para masturbarse. Miraste atontado el ligero pelaje que cubría su entrepierna, era muy suave, pero lo suficiente para impedirte verla directamente. Tan concentrado estabas que no notaste que ella te desvestía hasta que tu camisa te bloqueó la vista, y antes que lo notaras estabas tan desnudo como ella, y con una gran erección frente a ti.

Diana te miró de nuevo, como pidiendo permiso, y colocó ambas manos alrededor de tu verga, por un momento temiste que te dijera algo de su reducido tamaño (comparada con otras que habías visto en Internet), pero tales pensamientos se borraron con el primer toque de sus manos, las primeras que te tocaban que no fueran las tuyas, sabías que no tardarías en eyacular, y como prueba ya había una gran gota de fluido en la punta de tu verga.

Rápidamente lanzaste tus hambrientas manos hacia el cuerpo de tu prima, tocaste sus pechos, sus oscuros pezones que se movían ante tu toque y luego bajaste, acariciando sus caderas, su estómago y sus piernas. Pasaste a sus muslos y finalmente, cuando tu prima abrió sus piernas a tu toque, introdujiste tus manos a su lugar sagrado.

Diana dio un gemido cuando tus dedos tocaron los labios de su vulva, y comenzó a jadear mientras tus dedos recorrían el interior y exterior de su rajita. Fue entonces que descubriste que tu también jadeabas, y que tu orgasmo no estaba lejos. Encontraste su clítoris en la punta de su vulva, y mientras lo sobabas suavemente entre dos dedos le

advertiste.

—Diana... creo que voy... —más no tuviste que decir nada más, pues al instante Diana te soltó, cortando la excitación. Tu también retiraste tus manos y la miraste. Su rostro estaba rojo, tanto como el tuyo, y su respiración era agitado como la tuya.

—¿No quieres... verlo más de cerca? —ofreció mientras se retiraba un mechón de pelo de la frente, acto seguido se recostó en la cama de lado. Tú la seguiste, de forma que tu cabeza quedara a la altura de su pubis y viceversa. Conocías la famosa posición del 69, pero no estabas seguro si ella aceptaría comerte, o si tú lo harías.

De nuevo lanzaste tu manos a explorar, y Diana abrió las piernas para permitirte el acceso. Su vulva era más grande que las de tus primitas, pero muy parecida. Era rosada y húmeda por dentro, y exhalaba un olor maravilloso y desconocido. Apartaste con dos dedos los labios externos y examinaste el interior, al tiempo que sentías los dedos de tu prima sobre tu verga de nuevo.

El interior de su vagina era hermoso a tu vista, podías ver el pequeño bultito de su clítoris, completamente erecto, así como el pequeño agujero que era la vaginal entrada a su vagina. No podías soportarlo más, era demasiado atrayente, y las manos de tu prima explorando tus testículos te decidieron.

Acercaste tu rostro a su entrepierna mientras aspirabas su aroma, y con delicadeza diste un beso a su sobresaliente clítoris. Todo el cuerpo de tu prima se tensó de placer y sorpresa, al tiempo que un gemido lo acompañaba. Entonces recorriste con tu lengua la longitud de su rajita y comenzaste a comértela. Era un sabor extraño, ni agradable ni desagradable, pero intoxicante e irresistible.

Pero una nueva sensación te llegó al momento. Sentiste que tu verga de pronto entraba a un lugar cálido y húmedo, que la rodeaba completamente al tiempo que la acariciaba por todos lados. Un gemido escapó de tus labios mientras tu prima comenzaba lamer tu miembro, y reanudaste esfuerzos en su vulva, prestando mucha atención a su clítoris. Sabías que no podrías resistir más, que si Diana seguía chupándote así eyacularías en su boca, deseabas advertirle, pero no podías apartarte de su rajita.

Fue Diana quien evitó que explotaras, soltándote un momento antes del punto sin regreso.

—Te necesito —dijo entre gemidos. Apartaste tu rostro de su vulva mientras inconscientemente disparabas tu verga hacia ella, tratando de terminar—, quiero sentirte dentro —repitió ella al tiempo que se giraba en la cama quedando sus piernas abiertas contigo en el centro. Más por instinto que pensando reaccionaste, incorporándote hasta quedar alineado con su rajita.

—Pero —lograste decir—, ¿qué hay de tu... virginidad? —dijiste recordando lo que antes había dicho.

—Te la... doy —fue toda la respuesta de Diana, quien ya se había llevado las manos a la entrepierna y abría provocativamente su vulva mientras se frotaba el clítoris. Aquella visión, de tu hermosa prima acostada frente a ti dispuesta a todo te decidió. Sus pechos se alzaban al aire y su piel parecía arder de deseo, igual que tu.

Sin pensarlo más te acercaste a ella, sosteniendo tu miembro en la mano, y alineándolo con la entrada a su virgen vagina. Cuando la cabeza de tu verga tocó la humedad de su vulva sentiste que no resistirías. Era como si un forro de terciopelo cálido y estrecho se hubiera cerrado en torno a tu pene. Paraste un poco y luego presionaste un poco más. Sentiste como los labios de su vulva se plegaban a tu miembro, intentando succionarlo dentro del virginal cuerpecito de tu prima.

Entonces supiste que no soportarías, habías pasado el punto de no regreso, y siguiendo el instinto que te obligaba, empujaste con fuerza contra la virginal entrada de su vaginita y comenzaste a eyacular chorro tras chorro de semen mientras uno de los mayores orgasmos de tu vida te recorría. Duró mucho más de lo que creías posible, y cuando finalmente las contracciones de tus testículos cesaron te dejaste caer sin fuerza sobre la cama y el cuerpo de tu primita.

Te incorporaste tan rápido pudiste, preocupado por ella, poro viste en su rostro que Diana aún no llegaba a su clímax, e intentaba con sus propias manos alcanzar lo que le habías negado. Te deslizaste hacia abajo, hasta que tu rostro quedó a la altura de su vagina, y sin preocuparte por las manchas de semen que cubrían su ombligo, muslos y la sábana, así como toda su vulva, comenzaste a lamerla.

El sabor era muy diferente, pero no te importaba, ya que lo único que deseabas era hacerla sentir tan satisfecha como tú te habías sentido un momento antes. No bien habías tocado con tu lengua su clítoris un par de veces que Diana empezó a dar grititos al tiempo que subía y bajaba las caderas metódicamente. Finalmente se quedó quieta, tendida en la cama, satisfecha al fin.

Todo el cansancio de aquel ejercicio, así como las altas horas de la noche y la actividad a que habías sido sometido durante el día recayeron en ti entonces. Apenas tuviste fuerzas para subir a la cama, abrazar tiernamente el cuerpo desnudo de tu prima, sin preocuparte que una mano quedara sobre su pecho izquierdo, y caíste dormido. Apenas sentiste entre sueños cuando tu prima se movió para cubrirlos a ambos bajo las cobijas y correspondía a tu abrazo con un beso en la mejilla.

## 6 Despertares

Algo en tu interior te despertó, y te impedía volver a dormir. Trataste varias veces de regresar al placer de la inconsciencia, no recordabas dónde estabas o lo que ocurría, sólo sabías que te encontrabas en un lugar cálido y acogedor, y que lo que más deseabas era dormir de nuevo, mas había algo en tu mente que te molestaba y te impedía dormir. Finalmente te decidiste y con dificultad abriste un ojo. Lo volviste a cerrar al instante, pues la luz te cegó. Una vez más lo abriste y cuando finalmente te acostumbraste a la luz viste que frente a tu rostro estaba el hermoso rostro de tu prima Diana, dormida como un ángel a tu lado, completamente desnudos y abrazados.

Pero otros pensamientos te asaltaron al momento. ¿Qué hora era? Tal vez tu tía estaba a punto de entrar por la puerta para despertar a Diana, y si los veía así sería un escándalo. Te incorporaste de un salto, aventando las cobijas que los cubrían en el proceso, buscando un reloj. La luz del cuarto venía del foco, el cuál se había quedado encendido. Giraste y finalmente descubriste un reloj al lado de la cama, para tu alivio marcaba las 4:57.

Diana también se había levantado asustada cuando tú lo hicieras, y al igual que tú miraba aliviada el reloj. Ya sin la preocupación del tiempo echaste una mirada a tu prima. Era hermosa, mucho más de lo que la recordabas, recorriste con la mirada sus pechos, bajaste hasta su ombligo y sus caderas y luego a su entrepierna, ahí viste su vello púbico parcialmente cubierto por manchas de tu semen, prueba de las actividades nocturnas.

Diana te atrapó mirándola, y con presteza recogió su camisón y se cubrió de tus ojos. La miraste al rostro, esperando encontrar una broma, pero descubriste que estaba en verdad avergonzada y sonrojada.

—Es mejor que regreses a tu cuarto —te dijo. Viste que su mirada se desviaba hacia tu polla, flácida en ese momento, pero al instante miró en otra dirección.

Bastante desconcertado accediste y te retiraste tras recoger tu ropa. No entendías su actitud, teniendo en cuenta todo lo que habían hecho, pero lo aceptaste. Te metiste en tu pijama y te acostaste en tu cama, pensando. Un momento después escuchaste la puerta de Diana abrirse, y por un momento esperaste que entrara contigo, más escuchaste que era la puerta del baño la que se cerraba. Pensaste esperarla cuando saliera, o incluso regresar a su cuarto, pero el cansancio te venció y antes que lo supieras ya estabas dormido de nuevo.

Despertaste mucho más descansado con el Sol en el rostro, y por un momento no encontraste ningún signo especial en aquella mañana, más pronto las irregularidades a tu alrededor entraron a tu mente. Ese no era tu cuarto, ni siquiera pertenecía a tu casa.



Y justo cuando a tu mente acudían lentamente los recuerdos, la puerta de la alcoba se abrió y entró tu tía, hecha un remolino.

Aún no recordabas bien lo que había ocurrido anoche con tu prima, pero el temor te llenó al ver la entrada de su mamá.

—Oh! —dijo ella al ver que la veías—, que bueno que ya despertaste, ya es muy tarde y me tengo que ir a trabajar. Rodri salió a jugar con unos amigos pero no tardará mucho en regresar. Y Diana amaneció enferma, así que trata de mantener a Rodri en el piso de abajo. No te preocupes, regresaré antes de la comida, y creo que Diana dormirá hasta entonces. Lamento dejarte, pero se me hace tarde —y sin esperar respuesta de tu parte salió.

Te relajaste al oírla cerrar la puerta de la casa, y te obligaste a recordar. Tu prima y tú habían tenido sexo, en su cama. El pensamiento hizo que tu verga diera un respingo de satisfacción. Que te recordó que debías ir al baño.

Una vez te descargaste, otra serie de pensamientos entraron a tu cabeza. Recordaste la forma en que tu prima te corrió anoche, cómo se cubría de ti, recordaste las palabras de tu tía, acerca de que había amanecido enferma; tu estómago te recordó que no habías probado bocado, mientras que el agridulce sabor de boca que tenías hacía referencia al dulce néctar que probaras anoche; y encima de eso tu primo Rodri no tardaría en regresar y acaparar toda tu atención por el resto del día.

Decidiste que debías enfrentar a Diana, pedirle disculpas y ver cómo reaccionaba. Entonces podría decidir si te quedabas o si acortabas tu visita. Dos escenarios pasaron por tu mente al pararte frente a la puerta cerrada del cuarto en que anoche experimentarías tan deliciosos placeres. Por un lado Diana podía invitarte a su cama de nuevo, rehaciendo la fantasía de la noche anterior con renovado vigor, y era por eso que le había dicho a su mamá que estaba enferma; pero también cabía que la hubieras lastimado anoche, hecho algo que no le agradara, y que ahora no sólo no quisiera volver a verte, sino que podría acusarte de violación.

Giraste el pomo de la puerta mientras desechabas ese pensamiento. Diana te había invitado a su lecho, no había sido violación, no hiciste nada que ella no quisiera. Empujaste la puerta y entraste al opaco cuarto. No sabías si era tu imaginación, pero te pareció que el dulce olor del cuerpo de tu prima y el tuyo invadía el ambiente. Diste un paso adelante, seguro de que no habías hecho nada malo. En la cama, de espaldas a ti, descansaba tu prima. Diste un paso hacia ella cuando en tu mente apareció una palabra, y luego una frase: «Quiero darle mi virginidad a mi novio». Te detuviste en el aire. Le habías quitado su virginidad anoche, pese que ella te dijo que no lo hicieras. Y bien podías haberla lastimado. Ya no estabas tan seguro de tu inocencia.

Pero antes que pudieras recapacitar, tu prima se volteó en la cama y te miró con

ojos turbios de sueño. Esperaste anhelante que dijera algo, un reclamo, un grito, un cumplido. Tu prima te miró y sonrió, se apartó en la cama para que pudieras sentarte y te preguntó suavemente:

—¿Cómo dormiste?

Tardaste un momento en contestar, ya no tenías miedo, pero estabas fascinado por su belleza.

—Bien. ¿Y tú?

—Tuve bonitos sueños, pero creo que me estiré algo anoche, estoy muy adolorida —te explicó mientras trataba de estirarse bajo las cobijas, y un gesto de dolor marcaba sus facciones.

—Yo... lo siento —comenzaste.

—¿Cómo? —preguntó ella mirándote de nuevo.

—Siento haberte lastimado. Haberte quitado tu... —no podías decirlo—, el regalo para tu novio —terminaste al fin.

Diana te miró desconcertada y luego soltó una serie de fuertes risas, que el dolor le obligó a controlar.

—No me duele «ahí» —dijo significativamente—, me duele la espalda, las piernas, los brazos, como si hubiera hecho mucho ejercicio. Y claro que lo hice —añadió con un guiño—. Creo que me estiré un tendón, eso es todo —dijo moviéndose de nuevo—, y con respecto a mi virginidad, no te preocupes. En primer lugar recuerdo muy bien haberte dicho que te la daba —aclaró, seria—, y además no la tomaste, no llegaste a penetrarme del todo —finalizó.

Te quedaste perplejo (cosa normal en su presencia) al oírla hablar con tanta soltura de su encuentro. Y no se te ocurrió nada que decir, excepto tomar su mano en la tuya y acariciarla.

Diana sonrió de nuevo y te miró con ternura, misma que te diste cuenta emanaban tus ojos.

—Quizá podríamos hacerlo de nuevo —sugirió. Tu pulso se aceleró, abriste los ojos y sentiste que tu verga se preparaba. Diana notó aquello—, pero no ahora, estoy bastante cansada y adolorida, y además creo que alguien acaba de entrar —se incorporó en la cama y te dio un beso en la mejilla, para luego recostarse y cerrar los ojos, al tiempo que desde abajo llegaba el grito de su hermanito llamándote.

Pasaste el resto de la semana allá. Más no hubo muchas oportunidades para estar a solas con tu prima, y las pocas que hubo Diana se negó a proseguir, regida por la cautela. Regresaste a tu casa con una admiración mucho más grande de tu prima, no sólo era lista, extrovertida y muy hermosa, sino también precavida y capaz de controlar sus impulsos en situaciones que sabías, tú no podrías.

## 7 Nada más

Escribí este cuento hace más de 10 años, y me alegra decir que todavía me agrada. Tiene varios problemas de ritmo, repeticiones, puntos confusos, etc., pero en general lo veo como un cuento exitoso.

Excepto por estar incompleto. Por lo que recuerdo del argumento (después de 10 años de haberlo imaginado), el protagonista seguiría sus encuentros con Ana hasta llevársela a la cama en casa de unos vecinos, tras lo cual tanto Diana como Ana resultan embarazadas. Tras esto la relación sale a la luz y tanto Ana como el protagonista son castigados y obligados a separarse, creciendo normalmente de ahí en adelante.

Si de verdad alguien quiere que escriba el resto del cuento, por favor dígamelo por medio de la página de «Retroalimentación» en mi [sitio de ASSTR](#).